

El secuestro de una nación

Eduardo Mora Castellano

Dos modos parecen los más adecuados para liquidar la principal fuente de divisas de Costa Rica, o sea, la economía turística: (1) destruir los ecosistemas naturales y los aún escasamente artificializados, que son los que atraen en aplastante proporción a los visitantes (el 75% de éstos declara venir atraído por los mismos), y (2) hacer creer a los visitantes que, guarecidos en tales ecosistemas que vienen a degustar, hay inminentes peligros para sus propiedades y sus vidas. El movimiento ambientalista, con algunos aliados, ha sido eficiente en la denuncia y el enfrentamiento de la destrucción de nuestra naturaleza por obra de empresas económicas incluso del ramo turístico, alertando acerca de las previsibles consecuencias sobre el negocio del turismo. Pero han sido otras entidades, en este caso más del lado de la empresa privada y del Gobierno central, las que últimamente han llamado la atención y demandado acciones respecto de la llamada inseguridad ciudadana y sus efectos sobre el flujo turístico.

La muy húmeda y selvática región caribeña del país, de grande y creciente atractivo para los proliferantes ecoturistas mundiales, desde hace bastantes años pero con intensidad en el último lustro, y destacadamente en su área limítrofe con Nicaragua, ha venido siendo objeto de la rapacidad de criminales nicas y ticos que, mayoritariamente, medraron de la lucha antisandinista y hoy son residuos de ella. Estos se han ensañado con campesinos y, en general, habitantes de las extensas llanuras del norte, vejando mujeres, robando, secuestrando y asesinando *por un quitame de allí esas pajas*. El Estado nunca enfrentó la situación con

eficacia, permitiendo la proliferación de los agravios. Total se trataba de la periferia de la nación: la periferia de las áreas económicamente dinámicas, la periferia de los ámbitos de decisión política, la periferia geográfica. Zonas donde las especies silvestres campean por sus fueros y el Estado no está casi presente; zonas postergadas en el proceso de colonización precisamente por la feracidad de sus ecosistemas y, concomitantemente, su baja aptitud agrícola.

Pero con el crecimiento del turismo en la región empezaron a menudear los atentados contra visitantes -principalmente en Limón-, hasta desembocar, el pasado primero de enero, en el secuestro de una turista alemana y una guía turística suiza. Los captores, que insisten en que la peripecia tiene carácter político, aunque lo que exigen con verdadero ahínco es sólo el millón de dólares del rescate, reclaman vehementemente que los medios de comunicación tengan acceso a sus mensajes, y como medida de presión el último de éstos fue enviado directamente a un periódico suizo, que lo publicó destacadamente. El Gobierno ha cedido en éste y en otros detalles procurando no dilatar más el momento de negociación, siendo que los secuestradores, tanto por precaución como porque la zozobra sostenida les favorece, parecen procurar lo contrario. Ellos, a pesar de su evidente bajo nivel educativo, parecen saber bien que para el Gobierno el ocultamiento de la inseguridad que padecen los turistas en nuestro territorio es primordial, porque de eso depende el mantenimiento del negocio turístico; saben que el Gobierno está dispuesto a ponerse de hinojos para que los medios de comunicación de los países de proveniencia de los turistas no se

ceben con ese tema. Y aquí reside la fortaleza de los secuestradores y la magnitud del acto: no en la relevancia social de las rehenes, sino en el nefasto efecto sobre la imagen de Costa Rica como destino turístico. Que el ministro de Relaciones Exteriores germano haya hecho varias intervenciones en el drama, favorece el propósito de los secuestradores; y que el presidente tico permanezca pendiente del asunto, haga llamados a los captores, y un ministro suyo dirija personalmente las pesquisas y reacciones del Gobierno, da fe de lo trascendente del hecho.

La plaga de la roya ha arrasado numerosas veces nuestros cafetales, pero la producción salvada se ha exportado y consumido. Las monstruosas huelgas bananeras, antaño, paralizaban efímeramente la producción, mas una vez acabadas ella se recuperaba y crecía. Pero ahora el atemorizamiento masivo de empresas touroperadoras extranjeras y de potenciales visitantes amenaza con dar al traste con nuestra economía turística: efectivamente, este desgraciado episodio, que es el colofón de una primera etapa de crímenes menores contra turistas, ha hecho mermar ya el flujo de estos, y tanto empresarios turísticos como autoridades gubernamentales vociferan advirtiendo que si la inseguridad del turista no cesa sí cesará pronto el negocio (véanse los juicios de: C.F. Echeverría, línea editorial de *La Nación*, ministro de Turismo, grandes empresarios turísticos, presidente de Cámara de Comercio, Carlos Lachner y Michael Kaye/empresario ecoturístico; respectivamente en: L.N.,4-1-96:15A; LN,8-1-96:13A; LN,11-1-96:6A; LN,22-1-96:8A; LN,26-1-96:21A; LN,27-1-96:14A; LN,16-2-96:14A). Y éste, de por sí, no tiene ahora el volumen que los inversores, hace unos tres años, en el momento del *boom*, calcularon alcanzaría. La curva no mantuvo su ascenso y hay ahora infraestructura ociosa, para desazón de tales

inversionistas y del Gobierno.

Tradicionalmente hemos conseguido nuestras divisas y estimulado la economía nacional con la exportación de productos agrícolas y, en consecuencia, hemos establecido lazos que nos han atado a ciertas prácticas de explotación y tratamiento de la naturaleza, a ciertos compromisos -y sometimientos- políticos internacionales, y también lazos a través de los que gradualmente se ha conformado el carácter de la cultura nacional entera. Pero el súbito ascenso (menos de una década) del subsector turismo al puesto de principal generador de divisas y dinamizador de la economía en un país como el nuestro -sin notables vestigios precolombinos, ni monumentos y bellezas urbanas, ni espectáculos artísticos de peso y hasta sin gastronomía propia-, a lo que nos conduce, **obligatoriamente**, es a la necesidad de readaptar violentamente el país a las expectativas que traen los visitantes en cuanto al modo de vivir entre nosotros, expectativas que, naturalmente, son propias de la cultura de los países desarrollados de donde vienen. Vienen atraídos por nuestra naturaleza, no por nosotros ni por nuestra cultura; a ésta la toleran en tanto no sea altamente disonante con la suya y en tanto ostente estereotipadas e inofensivas expresiones folclóricas. Por fortuna, aunque comparativamente Costa Rica no cuenta con numerosas ni significativas expresiones de éstas, nos hemos apresurado a ofrecerlas desenterrando y forzando unas e importando otras de países próximos. Y la cultura tica, precisamente por sus débiles raíces precolombinas, resulta muy alegremente mimética frente a los modos culturales del primer mundo, logrando mostrarse al visitante como relativamente familiar -no siniestra, ni misteriosa, como otros lugares del tercer mundo-. Mas a pesar de nuestra buena voluntad y capacidad de mimesis, y de la fuerte influencia cultural extranjera, no podemos

superar con la celeridad requerida ciertas manifestaciones de nuestra cultura (en el sentido amplio del concepto) que, según encuestas, repudian nuestros visitantes y contra las cuales claman los empresarios y las autoridades del subsector turismo, porque atentan contra el flujo turístico: el pésimo estado de la red vial, las suciedad y fealdad de los principales centros urbanos, la inescrupulosidad de quienes venden y sirven a los turistas, etcétera. Aquí está el *Rubicón* que repentinamente se ve obligada a superar nuestra cultura para dar la talla en un negocio, el turístico, que, dichosamente, no nos impone importantes transformaciones ecosistémicas -al contrario: exige la conservación-, pero sí gordas y rápidas transformaciones culturales para las que, más allá de nuestra capacidad mimética o plasticidad cultural, precisamos de voluminosos recursos económicos y de normas de comportamiento y valores que tardan en constituirse y solidificarse mucho más que una o dos décadas en una sociedad cualquiera.

En suma, con el consumo turístico de nuestros ecosistemas pasa que si el país entero (*su cultura*, en el sentido antropológico del concepto) no se adecúa al deseo y expectativas de los países desarrollados -que es de donde vienen los turistas- de que seamos de una determinada manera, el negocio se liquida. Con los cafetales y los bananales debemos cuidar la calidad de los frutos, y punto; pero con el negocio turístico, además de cuidar los ecosistemas (los "frutos" para el consumo), debemos vigilarnos nosotros mismos, nuestra conducta total, nuestra cultura. En este negocio el éxito no depende sólo de nuestro trabajo dedicado a "presentar" bien nuestra naturaleza (el "producto" a consumir), sino que depende además de nuestro proceder fuera de ese trabajo, o sea, de nuestra cultura -aspecto este que carece de importancia para los consumidores del resto de bienes y servicios de

una economía, aunque, por supuesto, diversísimas variables culturales influyan en la producción de los mismos-.

El que el primero de enero nuestra inseguridad ciudadana se convirtiera en agudo problema de Estado, hace que en esta coyuntura, más que el secuestro de dos europeas, resalte el secuestro de una nación. Secuestro, indeliberado, por parte de los países desarrollados. Secuestro propiciado por nuestro impetuoso empeño de lograr crecimiento económico a través del turismo. El desarrollo del turismo llega a parecer, así, el medio más apropiado, y representativo de esta era de globalización, para fluidizar y homogenizar ya no sólo las diversas economías nacionales sino también el resto de las prácticas culturales de cada nación. Homogenización sin choques violentos, sobre la base de la seducción, aunque no se pueda aún saber si con indolora eficacia o con efectos traumáticos por la vastedad y rapidez de los reacomodamientos y cambios que en un país como el nuestro se requieren. Como atrapados en el *síndrome de Estocolmo*, pareciéramos adaptarnos cada vez más a una especie de dulce sometimiento a las orientaciones de las grandes potencias mundiales.